

negocios; haga su aprendizaje, y él nos dirá lo que debemos prometernos de sus luces y de su genio," y sus primeros ensayos dieron á conocer que era el hombre que la nacion necesitaba, y que su Rey buscaba. A estas reflexiones nos ha conducido, de una parte, la circular del señor ministro de la Guerra de 2 del presente Marzo, publicada en la Gaceta del siguiente dia; y de otra, la marcha incierta y vacilante de algun otro ministro, y la precipitada y violenta de algunos otros.—Comparándolas entre sí y comparando sus actos, no es posible desconocer donde está la inexperiencia y la imaginacion; dónde la observacion y el juicio.

El señor conde de Almodovar habla como un hombre que conoce lo que es la libertad y lo que es la licencia; como quien ha dirigido con vehemente é ilustrado celo las discusiones del cuerpo legislativo; como quien ha estado al frente del mismo ministerio que hoy desempeña, en tiempos difíciles, y de una provincia de las mas vastas; en tiempos mas tormentosos que los presentes, en fin, como quien ha sido ultrajado por los revoltosos y anarquistas, á cuya cabeza pudo encontrarse alguna que otra notabilidad que ha abjurado ó aparentado abjurar de sus desaciertos; ¿quién mejor que él ha podido conocer el verdadero origen de los males que nos aquejan, las causas que los mantienen y agravan, y sus verdaderos y mas eficaces remedios? ¿quién mejor que él podrá revelarnos las verdaderas necesidades de los pueblos, cuyo nombre suele tomarse para sostener todo sistema político, y hasta el desorden y la inmoralidad, y su verdadera opinion? ¿quién sino él podrá poner el dedo en la llaga que sufren nuestros ejércitos, y señalar la causa que la tiene siempre abierta?

Así es como resume en pocas palabras los consejos que este necesita para el grande y nacional objeto que le está confiado de defender la causa de la libertad, poniendo pronto término á las discordias civiles que nos agitan y despedazan, y que son el único elemento de fuerza con que cuentan nuestros enemigos. „Lo primero dice el Sr. Ministro, el objeto primordial de mis desvelos será la terminacion de la guerra civil; porque sin el establecimiento de la paz, no es posible que se afiancen y consoliden las libertades públicas y el trono legítimo." La guerra civil que desvasta á algunas provincias de la monarquía es un azote que las despedaza, y su prolongacion nunca podrá producir mas que resistencias, reacciones, miseria y ruina de los pueblos. Y ¿quién sabe cuanto no pudieran agravarse nuestros males, y cuando desesperados y acaso ignominiosos no nos pudieran ser los remedios á que tuviésemos que apelar! ¿Será imposible que nuestros aparentes amigos esperen á que nos estenuemos, á que nos envolvamos en un horroroso caos, para que en nuestra desesperacion les roguemos que nos alarguen una mano socorredora, y nos dé á toda costa la existencia social que hayamos perdido? Nuestros recursos se van apurando; las clases que viven del Estado claman por el restablecimiento de la paz para salir de su indigencia; y los pueblos inermes siempre invadidos, y saqueados por los unos, y por los otros, para vivir quietamente en sus hogares, y poderse dedicar á sus habituales, y productivas tareas. Y ¿puede regenerarse una Nacion pasando de un régimen absoluto, á un estado de libertad, mientras que luchan las pretensiones, y las doctrinas, y los opuestos intereses? ¿desesperarán los enemigos de su triunfo, mientras que conserven un rayo de esperanza? Y en semejante estado, la libertad es solo un nombre, las instituciones una promesa; la administracion un laberinto, y las innovaciones unos nuevos combustibles que se arrojan al incendio. Es preciso, si queremos ser libres, hacerle ver al enemigo que lo deseamos, que lo queremos eficazmente, que estamos dispuestos para ello á hacer todo linaje de sacrificios; que esta necesidad es nuestra necesidad primera, y que no debe conservar mas esperanza que la que nuestra justicia les ofrece en una sincera reconciliacion. ¿Y podremos inspirársela presentándole el cuadro de nuestras discordias intestinas, de nuestras rivalidades y enconos particulares? ¿Podrán ver representada la causa de la libertad, y del orden en una bandera de tantos colores; en unos partidos de tantos matices; en unas banderías que no pueden representar sino lo mas bajo, lo mas ignoble de la nacion?

Por eso el Sr. Ministro, que conoce prácticamente la imposibilidad de terminar la funesta guerra civil, sin formar antes de la Nacion, un todo homogéneo y compacto, á quien no dividan ruines pasiones, dice: „Y para la consecucion de tan preciosos bienes, es preciso que todos consagremos nuestros esfuerzos con franca y decidida buena fé, olvidando las quejas y rivalidades, y sacrificando las afecciones é intere-

ses personales, para no pensar mas que en servir á la Patria." El Sr. Conde, subiendo al origen de nuestros males lo encuentra en la desunion, en la rivalidad, en pasiones irritadas, en resentimientos acaso no injustos. No: no profesa la falsa máxima de que el Gobierno debía obrar siempre con energía, sino con justicia, con prevision; en una palabra, con sistema, y sin ninguna excepcion de persona. La energía es un frenesí, cuando tiene por objeto la proscripcion de un nombre, y la santificacion de otro; la proscripcion de una doctrina teórica, y la conservacion de otra imposible de una constante aplicacion; no se castiga un solo nombre, cuando se quiere castigar con imprudencia, sino un partido: desaparece de la escena un hombre; pero queda su bandera, y sedienta de venganza y sangre.

Vanamente diríamos á los pueblos, „Vamos á terminar la guerra civil que os aflige y aniquila, sacrificando nuestras pasiones ante el altar de la Patria, y aprovechando vuestros sacrificios para convencer á los enemigos de la libertad de la impotencia de sus esfuerzos," mientras se viesen abandonados á merced de ellos. ¿Qué libertad pueden querer los que lejos de gozar sus beneficios, se ven hechos el juguete, y la víctima de las crueldades de sus desapiadados opresores, á quienes ó no puede, ó no sabe contener la bandera de los libres? „Y con este fin, dice el Sr. Ministro, (esto es, para terminar la guerra civil), recomiendo, que cada comandante recorra frecuentemente el distrito de su mando, y vigile el comportamiento de los gefes de las columnas de operaciones que en él se empleen," y no solamente para que protejan á los indefensos pueblos, y ahuyenten de ellos á los que solo viven de la violencia y del pillage, sino tambien, para que nuestras tropas no imiten este funesto ejemplo, y empeoren la suerte de aquellos desgraciados. ¿No sería un negro borron para nuestra causa el que las tropas que la defienden, llevasen á las destrozadas poblaciones el llanto y la muerte, en vez de llevarles el consuelo y la proteccion? ¿Pudiéramos imitar sin vergüenza á los que hacen ostentacion de su vandalismo; á los que son consiguientes á sus principios de destruccion y aniquilamiento, que semejantes á un torrente de lava aniquilan cuanto pisan?

„Quiere, dice el Sr. Ministro, S. M. que emplee V. toda su energía en conservar la disciplina de las tropas, evitando vejaciones, y arbitrariedades en el pais, y especialmente las faltas de consideracion á las autoridades civiles."

Lejos el Sr. Conde de todo espíritu de bandería, penetrado de la utilidad de recompensar el mérito conocido, y contraido al frente del enemigo, y de la necesidad de poner término á los abusos introducidos en el ejército, con mengua de la justicia, y del verdadero honor militar, concluye su preciosa alocucion con esta máxima tan propia de todo gobierno libre y justo. „Recompensaré por deber y convencimiento, con absoluta preferencia los méritos que se contraigan al frente del enemigo, sin permitir que se dé ningun ascenso fuera de escala, mientras dure la guerra, sino por servicios de campaña; pero para que yo pueda proceder en esta parte con la justicia necesaria, sin la cual toda recompensa es un agravio al verdadero mérito, deberá V. ser muy exacto y conciso en los partes de acciones de guerra, evitando exageraciones, y encarecimientos excesivos, que suelen dar margen á sensibles é irreparables errores en las providencias del gobierno, y en la distribucion de los premios." Así quisiéramos nosotros que pensasen y obrasen todos los señores Ministros. „El premio es la recompensa de la virtud, del honor, del saber, de la experiencia, y de la madurez de los años."

(R. Nacional.)

CORTES.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR GONZALEZ (DON ANTONIO.)

Sesion del dia 27 de Diciembre.

Continúa el discurso del Sr. Gonzalez (D. Antonio), principiado en las Gacetas anteriores.

„No se hable, pues, con tanta facilidad de los resultados de la eleccion directa: sin embargo de los grandes inconvenientes que se presentaron entonces, y de los defectos de la ley misma, á todos los que han conocido la utilidad y las consecuencias de este método, creen que se debe establecer.

„Otra ventaja, señores, resulta de la eleccion directa. Cuando muchos hombres se reunen en un punto, cuando se